



JO GOODMAN

Todo lo que necesité

Todo lo que necesité



Todo lo que necesité

Jo Goodman

Traducción de Scheherezade Surià



TERCIOPELO

Copyright © 2003 by Joanne Dobrzanski

Primera edición: mayo de 2010

© de la traducción: Scheherezade Surià

© de esta edición: Libros del Atril, S.L.

Marquès de l'Argentera, 17. Pral.

08003 Barcelona

correo@terciopelo.net

www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.

Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1

Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92617-37-1

Depósito legal: M. 13.321-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Prólogo

1796, *Hambrick Hall, Londres*

—*H*ay que pagar un tributo.

Gabriel Whitney estuvo a punto de caer cuando le apareció un brazo delante que le impidió el paso. El patio adoquinado de Hambrick Hall seguía mojado por la repentina lluvia de la mañana y el equilibrio de Gabriel no sólo peligró por eso sino por el gran paquete que le plantaron delante de las narices. Se lo lanzaron pero, afortunadamente, consiguió cogerlo sin estrujarlo. Era muy escrupuloso en ese aspecto. Los bollos, las galletas y las magdalenas de pasas no sabrían tan bien si quedaban reducidas a migajas. Las migajas estaban bien como restos de un ágape delicioso pero no como menú principal.

En cuanto recobró el equilibrio, Gabriel apartó la mirada de los adoquines, resplandecientes por el agua, y la posó sobre el propietario de ese brazo.

—¿Hay un tributo?

—Eso acabo de decir, ¿no? —El señorito Barlough miró a sus dos amigos, que se hallaban dispuestos a hacer lo mismo que su cabecilla, y levantaban los brazos para impedir que intentara escaparse zafándose de la barrera humana que habían construido a su alrededor. Él dejó caer los brazos para demostrarles que no iba a hacer nada parecido—. Ahora no puede correr, ¿eh? Tiene el paquete en las manos y sabemos que no se arriesgará a estropearlo. Nunca le haría nada semejante a sus pastelitos y bizcochitos.

—Bollos, galletas y magdalenas —le corrigió Gabriel amablemente—. Si el tributo es por pasteles y bizcochos no es aplicable en este caso. —Fue una objeción razonable, aunque no se sorprendió demasiado al ver que Barlough hacía muecas.

—Bolos, galletas y magdalenas. —El timbre de su voz subió y bajó a modo del típico sonsonete de burla infantil. También ponía de relieve el tono incierto que le salía a Gabriel en los momentos más inoportunos. Barlough no tenía compasión por nadie que estuviera en la cúspide de la pubertad ahora que él ya la había superado—. El tributo es por los dulces —le espetó, sin rodeos—. Cualquier tipo de dulces. Y dices que ahí hay bolos, ¿verdad?

Gabriel asintió. Un bucle castaño le cayó sobre una ceja. Con las manos ocupadas en resguardar el paquete contra el pecho, no podía apartarse el dichoso mechón que le hacía cosquillas cada vez que movía la cabeza. Pensó que no se habría dado ni cuenta de haber tenido una mano libre para rascarse, pero no podía negar que ese cosquilleo era cada vez más molesto. Pensó en echar la cabeza atrás, pero sospechaba que eso suscitaría algún comentario por parte de los otros chiquillos y le dirían que se parecía a un caballo. No le importaría si le llamaran semental, pero lo más seguro era que Barlough le comparara con una yegua embarazada. Sucedió con muy poca frecuencia que no aprovecharan la oportunidad de reparar en el tamaño de su barriga, debido sin duda a su gran aprecio por los pasteles y los bizcochos.

Gabriel sacó un poco la barbilla e intentó soplar hacia arriba para apartar el mechón. Sin embargo, el pelo aleteó ligeramente y volvió a posarse en el mismo sitio: el hormigueo aumentó.

—Pareces una chica cuando haces eso, señorito Whitney. —Barlough arqueó una ceja cuando miró a sus compañeros para que corroboraran su afirmación—. ¿No os ha parecido una chiquilla?

Gabriel le miraba fijamente pero no perdía de vista a Harte y a Pendrake. Los vio asentir a la vez y se ruborizó al pensar en ese insulto. Hubiera sido un desaire menor si Barlough le hubiera comparado con una yegua, como siempre. Gabriel conocía a las niñas. Tenía una hermana mayor y cuatro primas. Las chicas eran suaves y redonditas y de mejillas rosadas. Tenían unos bucles indomables, hacían mohínes y eran proclives a tener rabietas que les gustaba designar como vapores o, peor aún, intensas llanteras.

Gabriel se sintió a punto de llorar. Se lamió el labio inferior y luego se lo mordió con fuerza. El dolor le ayudó a ser fuerte y afirmarse en su postura.

—Se ha ruborizado —apuntó Pendrake. Hizo el amago de darle un codazo a Barlough pero éste evitó el contacto con habilidad. Como arzobispo de la Sociedad de los Obispos, a Barlough no podían darle un codazo como si fuera un amigete más. El respeto hacia su posición en la congregación requería que se cumplieran ciertas formalidades. Al darse cuenta de su error, Pendrake quiso subsanarlo señalando a Gabriel con el dedo—. Se ha ruborizado —repitió—. Igual que una niña.

Gabriel sintió el calor en sus mejillas y se dió cuenta de que era cierto. Casi se le cayó el paquete cuando quiso cubríselas con las manos. Si el color hubiera sido rojizo, hubiese sido aceptable. Los viejos lobos de mar solían tener el rostro rojizo por las arremetidas del agua y los constantes embates del viento. A ellos nadie les acusaba de ruborizarse. Sin embargo, el color de Gabriel era rosado como el del culito de un bebé. Era humillante. Si decidiera soltar el paquete, pensó, sería para apretar los puños. Sólo de pensarlo se le curvaban los dedos. Si no se andaba con cuidado, no solamente echaría a perder las cosas buenas que le enviaba su madre sino que también daría al traste con el plan.

Naturalmente había un plan. Su amigo Sur insistió en que lo hubiera. Gabriel estaba más dispuesto a usar los puños. Era lo que Dios había dispuesto, recalcó él, cuando dio nudillos y pulgares oponibles a los hombres. Pero la naturaleza había dotado a Sur con una mente brillante para el debate y había logrado convencer a sus amigos mutuos Brendan y Evan de la superioridad de su modo de pensar. Eran tres contra uno, de modo que Gabriel tuvo que darles la razón: quizá los puñetazos no fueran la mejor manera de combatir a la Sociedad de los Obispos. Sucesivamente les propuso emplear tirachinas, luego porras, que tuvieron cierto atractivo: los tirachinas porque eran —según creía— el arma que eligió David para vencer a Goliat, y las porras porque a Gabriel le gustaba cómo sonaba la palabra, aunque no tenía del todo claro qué tipo de arma eran.

Gabriel Richard Whitney, conocido como Este para sus mejores amigos, era el cuarto del Club de la Brújula. No era una institución reconocida en Hambrick Hall. Indudablemente no tenía el prestigioso linaje y la historia de la Sociedad de los Obispos. Los orígenes del Club de la Brújula no estaban empapados de circunstancias misteriosas ni había un largo relato oral que pasara de generación en generación de nuevos iniciados. A diferencia de la Sociedad de los Obispos, el Club de la Brújula acababa de crearse. Ni siquiera se habían parado a pensar en las generaciones venideras y aunque acababan de aceptar sus estatutos, éstos no eran más que unos reglamentos que Sur había escrito en mal verso. A todos les gustaron bastante pero nadie, ni siquiera Sur, negaba que fueran unas malas estrofas.

No obstante, aún debatían acaloradamente el tema del juramento de sangre. No había desacuerdo en cuanto al juramento. Sin excepción, estaban a favor de declararse «enemigos acérrimos de la Sociedad de los Obispos». Era la cuestión de la sangre lo que les dividía.

Brendan Hampton, Norte para sus amigos, y el vizconde Southerton, a quien llamaban familiar y afectuosamente Sur, estaban a favor de un juramento sin sangre. Evan Marchman, al que llamaban Oeste, y Gabriel eran de la opinión de que derramar sangre por un juramento no era únicamente algo deseable sino necesario, incluso. Aún tenían que decidir el resultado pero Gabriel sospechaba que, en ese asunto, su opinión y la de Oeste acabarían prevaleciendo. Norte y Sur no podrían mantener siempre su postura con uñas y dientes si no querían que se les tomara por amanerados. Gabriel sabía que no era el único que no quería que le compararan con una mujer.

Este último pensamiento llevó a Gabriel de nuevo al aprieto en el que estaba. Habían convenido no usar la fuerza para resolver la disputa con los Obispos y aunque tuviera diez años no dejaba de ser un hombre de palabra. Con algo de esfuerzo, relajó los dedos y los posó de nuevo en el paquete. El olor de la repostería era tentador. Sabía que su madre se había encargado de envolverlo pero el contenido era cortesía de la señora Eddy. A instancias de su madre, la cocinera llevaba toda la vida preparándole todo tipo de postres especiales. Tenía debilidad por la

tarta de crema, pero ese postre no resistía bien el viaje desde su casa de campo en Braeden. Los Obispos hubieran sospechado de la crema o, al menos, lo hubieran hecho de haber leído *Macrobiótica, el arte de prolongar la vida* de Hufeland. Había ciertos elementos que uno debía tener especial cuidado en evitar, sobre todo si se habían cocinado tres días antes.

—¿Cuánto hay que pagar? —preguntó Gabriel. Notó que el calor en sus mejillas iba amainando al pensar en la misión que tenía en mente. Si la compostura en el rostro ante sus burlas no lograba terminar con el rubor, tendría que ignorarlo. En ese momento se requería una gran dosis de diplomacia y aunque a Gabriel le costaba participar en discursos muy razonados, sabía que en esa ocasión era necesario.

Barlough apartó la mirada de Gabriel un momento para mirar el paquete.

Se preguntó cuál sería la proporción de bollos y magdalenas. No le hacían mucha gracia las magdalenas porque solían tener pasas; le gustaban las que no llevaban nada. Quizá podía quitarles las pasas y dárselas a otros para quedarse él con las magdalenas. Pendrake y Harte se quejarían pero aceptarían las sobras porque él era el arzobispo y no había autoridad mayor en la Sociedad. Su decisión sería la última palabra.

—Tu paquete —le dijo—. Entrégamelo.

—¿Todo? Eso es excesivo, ¿no crees? —Eso era un robo en toda regla, aunque se abstuvo de decirlo. Sin embargo, no era infrecuente. Durante tres semanas, el Club de la Brújula había visto a los miembros de la Sociedad recaudando tributos de otros compañeros de clase en Hambrick Hall. Su objetivo eran los muchachos que aguardaban la entrega de cartas y paquetes de sus casas. Los miembros de la Sociedad seguían a las desventuradas víctimas hasta que se presentaba la oportunidad de exigirles el pago. La recolección solía ser en dinero, pero hacían excepciones. El joven Healy había pagado con el comandante favorito de su ejército de soldaditos de plomo. A Reginald Arnout le habían exigido un volumen de poesía de Blake de piel con páginas de bordes dorados. El golpe de gracia fue el pago que recibieron de Bentley Vancouver: una docena de postales ilustradas con actos de depravación sexual hasta ese momento

inimaginables. Eran francesas claro, un regalo que le había hecho su hermano mayor en la víspera de su decimotercer cumpleaños. Había echado tan sólo un vistazo rápido a la tierra prometida mientras se alejaba de correos cuando le abordó la avanzadilla de la Sociedad. Tuvo que sacar las cartas que acababa de esconder y entregárselas. Al pobre Bentley no había manera de consolarle.

Fue entonces cuando Gabriel decidió que tenían que hacer algo. Cuando se convenció de que darle una paliza a Barlough no era una estrategia sensata, había ofrecido su propio paquete de casa como mejor manera de vengarse.

—Creo que no me gusta la idea de dártelo todo —dijo Gabriel—. Quizá bastará con unos bollitos.

Lord Barlough arqueó las cejas.

—Eres un mocoso impertinente, ¿eh? —Miró alrededor del patio. Estaba completamente vacío. Los pocos chiquillos que había corrían para llegar a clase y sabían que era mejor no interesarse por lo que sucedía bajo el pasadizo de piedra. La Sociedad de los Obispos existía desde los inicios de Hambrick Hall. Seguía existiendo porque iban a lo suyo sin temor a las represalias—. ¿Es que tus amiguitos se esconden por aquí? ¿Es eso lo que te hace tan valiente?

Amiguitos. Gabriel sonrió al pensar que tenía amigos. Era una experiencia relativamente nueva para él y descubrió que le gustaba. Había estado mucho más solo de lo que pensaba en su habitación, con la única compañía de los pasteles y tartas y galletas que tenía guardados bajo la cama, en su escritorio, y al fondo del armario. Nadie salvo su madre parecía entender cuánto echaba de menos estar en Braeden, y aunque no era demasiado consolador comerse los postres cuando estaba solo, era mejor que no tener consuelo alguno.

—Mis amigos no están por aquí —respondió él, recobrando la compostura rápidamente—. Tienen cosas más importantes que hacer.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Era una pregunta retórica. Eso quiere decir que no hace falta que la respondas.

—Ah.

—Tu cerebro está lleno de grasa, ¿no es así?

—¿Disculpa? —Gabriel volvía a hacer fuerza con los dedos. Para no dar el primer puñetazo, se repitió la promesa que había hecho como si fuera un mantra. Sus labios articularon las palabras que no podía decir en alto.

—¿Es que la grasa te obstruye también los oídos?

Los rasgos angelicales de Gabriel se quedaron inmóviles, aunque sus ojos —del mismo color que el castaño de su pelo— estaban alerta. Intentar parecer amenazante no era bueno. Aún no había perfeccionado el semblante para eso porque sus facciones seguían amoldadas a un rostro redondo y la mandíbula se perdía en el pliegue de su segunda barbilla. No tenía miedo a atacar físicamente a esos miembros de la Sociedad, aunque sabía que al final perdería. La reputación bien merecida que tenía de matón no le serviría cuando el tribunal contara tres y él no fuera más que uno. Pensar que quizá lo que la Sociedad quería era más de lo que llevaba entre las manos ayudó a Gabriel a controlarse esta vez.

—Dejadme pasar —dijo Gabriel.

A cada lado de Barlough los brazos se levantaron inmediatamente. El joven señorito les hizo un gesto con la cabeza a Pendrake y Harte en señal de aprobación por su rápida respuesta.

—El paquete, Peste.

Gabriel frunció el ceño. ¿De verdad le acababa de llamar Peste?

—Este, milord. Mis amigos me llaman Este.

—Me importa bien poco ya que yo no soy amigo tuyo. Te llamaré Peste. Además, tienes cara de cerdito. —Barlough levantó la mano—. Ahora, dame el paquete. Debo confesar que tengo debilidad por los bollos y sospecho por la cara que pones que los que llevas ahí son buenos.

—No creo que te gusten.

Barlough no le pidió que se explicara. Estaba cansado de regatear y bastante molesto por no haber conseguido que Gabriel estallara e hiciera algo irreflexivo. Con un movimiento ágil que puso alerta a todo el mundo que lo presencié, Barlough le arre-

bató el paquete de las manos agarrándolo por el bramante. Cuando Gabriel quiso recuperarlo lo lanzó al aire. Pendrake, el más alto, lo cogió con facilidad. Lo mantuvo lejos del alcance de Gabriel únicamente sosteniéndolo en alto.

Al darse cuenta, algo tarde, de lo ridículo que estaba siendo, Gabriel dejó caer los brazos. Le entraron ganas de agachar también la cabeza pero optó acertadamente por no exagerar demasiado. En lugar de eso, se secó con la manga la lágrima que había conseguido derramar.

Con una sonrisa burlona que delataba mejor sus pensamientos que ninguna palabra que hubiera pronunciado, Barlough se apartó. Entonces le hizo una reverencia y con el brazo le indicó que ya podía seguir su camino.

Aunque deseaba haber salido del encuentro con los Obispos con un ojo morado y los nudillos pelados, Gabriel sabía que ahí había una victoria. No solamente había sabido escoger el campo de batalla, sino que había optado por una estrategia que no incluía la violencia. Se preguntaba si se estaba volviendo taimado al fin y al cabo.

Los cuatro miembros del Club de la Brújula aguardaban a oscuras en el pasillo superior de Yarrow House cuando Barlough salió corriendo de su cuarto y patinó en el vestíbulo. La puerta que tenía a sus espaldas se hubiera cerrado de golpe si Pendrake y Harte no le hubieran seguido de tan cerca. Miraron rápidamente a ambos lados, frenéticos, con los ojos desorbitados y agitando los brazos. Parecía que bailaban mientras decidían qué hacer. Entretenidos con el problema que les apremiaba, no se dieron cuenta de la concurrencia al final del pasillo. Y aunque se hubieran percatado, los rayos del sol que se filtraban por la vidriera de colores de la ventana sumían en la oscuridad a los miembros del Club de la Brújula y ocultaban los rostros de Norte, Sur, Oeste y, sobre todo, de Este, que estaba al frente.

Primero probaron una puerta y luego otra, pero se las encontraron todas cerradas. Siguieron corriendo pasillo abajo en busca de lo único que les aliviaría. Pendrake y Harte se sobresaltaron al comprobar que no podían entrar a sus habitaciones.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Harte. Doblado por la cintura y con las piernas temblorosas, agarró el pomo de otra puerta que no se abriría.

A Pendrake le rugían los intestinos. Eso fue la única respuesta que pudo dar y el ruido retumbó tan alto en su interior que pensó que los demás podrían oírle. Y quizá fuera así, pero las tripas de los demás hacían lo mismo. Al final del vestíbulo, el ruido de los truenos intestinales le dio al Club de la Brújula la primera sonrisa incontrolada desde que Este fuera abordado por la mañana. Se les había acabado la paciencia.

Barlough fue el primero en verles. Su postura cambió inmediatamente y trató de lograr un porte más digno. Empezó a andar más tieso y apretando las nalgas.

—¡Tú! —exclamó, estupefacto por la presencia de Este en las estancias privadas de la residencia de la Sociedad—. ¿Qué haces aquí?

Este se limitó a sonreír.

Barlough miró a los demás.

—¡Todos vosotros! ¡Fuera! No me dejáis pasar.

—¿Sí? —preguntó Este al tiempo que Harte y Pendrake se detenían detrás de su líder—. ¿Y dónde quieres ir?

Harte gruñó y se agarró el estómago.

—Al baño —dijo—. Es la última puerta a la izquierda.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta. —Se hizo a un lado y el resto del Club de la Brújula hicieron lo propio.

Pendrake se abalanzó sobre la puerta y la emprendió a empujones cuando resistió sus primeros esfuerzos para abrirla. Como no había cerradura, lo único que explicaba su reticencia a abrirse era que estaba bloqueada por el otro lado. Pendrake se dio la vuelta y miró a los cuatro intrusos.

—¿Qué le habéis hecho? —No esperó a que respondieran. Le gritó a Barlough—: ¡Han bloqueado la puerta! ¡No podemos entrar!

El rostro pálido de Barlough empezaba a enrojecer y sobre su ceja y labio superior había aparecido un ligero brillo. El control al que estaba sometiendo las funciones naturales de su cuerpo empezaba a hacerse patente. Miró fijamente a Gabriel.

—¿Qué diantre quieres?

—El tributo, por favor.

Barlough rechinó los dientes pero resistió.

—Lo que sea.

—Firma esto. —Por detrás de su espalda, Gabriel extrajo un tratado redactado cuidadosamente—. ¿Quieres leerlo tú o lo hago yo?

Temeroso de que Gabriel leyera todas y cada una de las palabras del documento hasta que los Obispos se retorcieran del dolor o se lo hicieran encima, Barlough se lo arrebató de las manos igual que había hecho con el paquete. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo que había pretendido Gabriel desde el primer momento.

—Los bollos —dijo.

—Y las galletas —terminó Gabriel. Estaba claro que a Barlough le costaba hablar ahora—. Y las magdalenas con pasas.

—Nos habéis envenenado.

—Oh, no. Nada por el estilo. Es decir, que no habrá efectos secundarios. —Miró a Pendrake y a Harte—. Al menos eso espero. Fui muy claro en ese punto.

Harte volvió a gruñir. Le flaquearon las piernas un segundo pero no cayó al suelo.

—¡Haz algo, Barlough, o te juro que voy a explotar aquí mismo!

Barlough todavía no tenía la mente tan espesa como para no creer a su amigo. Él también se sentía a punto de estallar. La humillación le obligaría a salir de la escuela.

Sería el primer arzobispo de la Sociedad en salir deshonorado. Sosteniendo el tratado que Gabriel había escrito con esmero, se apresuró a leerlo.

—¿No pretenderás que la firme con sangre, no? —preguntó Barlough.

Gabriel sonrió. La verdad era que se le había ocurrido. Sin mediar palabra, sacó una pluma y un tintero y los colocó en el alféizar de la ventana.

Barlough mojó la pluma y centró bien el papel en el espacio plano para firmarlo. Le hizo un garabato rápido y se lo devolvió a Gabriel, que escribió el suyo con parsimonia. Los testigos tomaron debida nota del acto.

—La puerta —dijo Barlough—. Abre la maldita puerta.

—Eso tardará demasiado —repuso Gabriel, que sacudió ligeramente el papel para que se secara la tinta—. Y no creo que puedas esperar. Sin embargo, hay una solución.

Y con eso, Sur y Norte saltaron sobre el alféizar y abrieron el travesaño de la vidriera. Enganchada al cerrojo había una cuerda y, atados a la cuerda, colgando por fuera de la prestigiosa Yarrow House de Hambrick Hall había tres orinales. Mano a mano los fueron subiendo y se los fueron entregando sin ceremonias a los tres compañeros cuyos intestinos estaban literalmente a punto de reventar.

—Qué raro que estén aquí —dijo Gabriel. Dobló el tratado con cuidado y se lo guardó en el bolsillo—. Imagino que era lo que estabais buscando en vuestras habitaciones.

El Club de la Brújula no esperó a ver si los Obispos usaban los orinales para aliviarse en el mismo vestíbulo o conseguían dar respuesta a la llamada más urgente de la naturaleza en la habitación de Barlough. Tenían el tratado de Este en las manos. La marejada de risas del patio cuando subieron los orinales fue un añadido muy agradable a la experiencia, aunque no estuviera bien hurgar en la herida.

—Ha sido perfecto —anunció Norte aquel mismo día más tarde—. Mis respetos, Este.

Oeste asintió y le dio un buen mordisco a una tartaleta de cereza que había llegado por correo urgente al salir del comedor.

—Tenías razón al querer hacer algo con los Obispos y sus malditos planes de extorsión. Muy bien hecho.

El vizconde Southerton estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas mientras paseaba la mano sobre la selección de postres que había en la cesta de mimbre.

—Por eso es el lince oficial. Este tiene un gran corazón y arreglar las cosas es lo suyo.

Este le pasó la cesta a Norte después de que Sur hubiera elegido su dulce. Él no cogió nada.

—Eso debe de ser —dijo él lentamente, asumiendo lo que había sucedido por la mañana. Introdujo la mano en la chaqueta y extrajo el tratado. Lo desdobló y lo dejó en el suelo entre las piernas. Todos alargaron el cuello para volver a leerlo.

—«Se hace saber a todos sin excepción que la Sociedad de los Obispos no cobrará tasas, tarifas o tributos por...»

—Una aliteración —dijo Sur a nadie en concreto—. Eso siempre le da un buen toque.

—«... pasar por ninguna de las zonas comunes de Hambrick Hall. Las zonas comunes se definen como aquellos lugares donde la gente se reúne sin que la inviten. La Sociedad de los Obispos reconoce que no tiene privilegio, derecho o responsabilidad alguna para recoger dinero, bienes o servicios por entrar en los dominios privados que no estén especificados expresamente en el contrato de la Sociedad con Hambrick Hall.»

—Pero la Sociedad no tiene ningún contrato con Hambrick —dijo Norte con la boca llena—. Es una sociedad secreta.

—Una sociedad con secretos —dijo Oeste—, que no es lo mismo.

Todos estuvieron de acuerdo con él. Sin contrato en Hambrick, los Obispos no podrían reclamar ningún rincón de la escuela como si fuera de su propiedad, aunque Yarrow House no era estrictamente suya. Había sido una de las mejores ideas de Gabriel y estaban seguros de que Barlough no lo había entendido bien cuando firmó. En defensa de la estupidez de Barlough reconocieron que estaba en un estado algo delicado a la hora de firmar. Eso también había sido idea de Gabriel. Sur había insistido en que siguieran un plan, pero al final el plan había sido de Este.

—«Finalmente, en cuanto al dinero, bienes o servicios que ya se hayan entregado a la Sociedad de los Obispos, el arzobispo y el tribunal abajo firmante acuerdan indemnizar a todo el mundo en un plazo de quince días tras la ratificación de este tratado.»

Gabriel recogió el tratado, se puso de pie y se acercó a la estantería. Puso su mejor obra hasta la fecha entre las páginas de un ensayo de William Paley, los *Principios de moral y filosofía política*. Aún no había leído la obra de Paley pero se propuso hacerlo algún día.

Capítulo uno

Junio de 1818, Londres

Sophie creyó oír sus risas. No podía echarle la culpa al día por el color que le encendía las mejillas. Fue su risa la que lo provocó y sólo al imaginársela. Había algo irrespetuoso en tanta demostración de buen humor. Esas carcajadas sonoras que reverberaban como el eco en una cueva podían llamar la atención de todos los presentes en un salón de baile. Era la clase de distracción escandalosa que tenía la energía y la pasión que conseguía cortar la respiración a la gente.

Esa risa, fuerte y espontánea, casi siempre inspiraba envidia, salvo si se era el origen de las carcajadas, que era lo que Sophie creía ser.

Cerró el diario sin preocuparse por marcar la página. Escribir no le llamaba la atención tanto como había esperado y cuando dejó de ser una evasión, lo dejó a un lado. Dejó el diario en el suelo, le puso el tapón al tintero de cuerno y colocó la pluma en su soporte. Alisó la manta que había tendido sobre la hierba. Los rayos del sol se filtraban entre las hojas del manzano que tenía a su espalda y cubrían la tapa de piel verde oscura del diario de unas motitas de color esmeralda. Volvió la cabeza y se apoyó en el tronco del árbol; cerró los ojos como solía hacer cuando salía al jardín. Se resistía a dormir ahí fuera solamente por los típicos convencionalismos. Pero ¿dónde iba a encontrar unos minutos de descanso si no era en la relativa privacidad de este santuario amurallado? Su habitación no le permitía tanta paz como este lugar, no cuando era tan fácilmente accesible para los niños. Se les había dicho que acudieran a ella para hablar antes de agobiar a su madre con sus problemas. Sophie era la primera en enterarse de las rodillas peladas,

la leche derramada y la araña que había encontrado Esme debajo de su almohada por cortesía del granuja de Robert. Era responsabilidad de Sophie examinar minuciosamente esos dramas de la infancia e informar a sus padres de aquellos particulares que se le antojaban suficientemente importantes.

Hoy los niños estaban confinados a sus habitaciones toda la tarde por un desafortunado contratiempo en el que estaba implicado un regimiento de soldaditos de plomo en la escalera y el ama de llaves, que se había caído desde el escalón más alto hasta el primer rellano. Fue culpa de Sophie, por supuesto. Daba igual que no se encontrara en casa cuando pasó el incidente, ni que el motivo de que no estuviera en Bowden Street fuera porque su señora insistió en que fuera inmediatamente al boticario a por un paquete de polvos para la migraña. Y tampoco iba a conseguir nada argumentando que lady Dunsmore no tenía migraña cuando la envió; básicamente, esperaba tener una más tarde.

Sophie había dejado los soldaditos de plomo fuera del alcance de los niños por un incidente anterior con el cocinero en la despensa, pero nadie se preguntó cómo volvieron a llegar a manos de Robert y Esme. Lady Dunsmore no tuvo la cortesía siquiera de mostrarse avergonzada. Envio a los niños a sus aposentos, envió a un mensajero en busca del doctor y cargó toda la responsabilidad sobre los hombros de Sophie. Consideró que ya había hecho todo el trabajo y se retiró a su dormitorio con la migraña.

Sophie inspiró hondo y se dejó embriagar por los aromas del jardín. Pensó que quizá debería sentirse culpable por disfrutar del encierro de los niños pero no lograba invocar ese sentimiento. No se le había pasado por alto que había sido también culpa suya en parte, por muy pequeña que fuera. Al fin y al cabo, podría haberse llevado a Robert y a Esme al boticario. Mantenerlos controlados era la orden del día... de los últimos días, mejor dicho, durante la última semana. No había manera de predecir qué travesuras se disponían a hacer; lo que era seguro es que tratarían de hacer alguna trastada.

Sin embargo, esta nueva predilección por planear y hacer que los criados se dieran el gran batacazo no era del todo culpa suya. No era porque alguien les animara a hacerlo sino porque los niños no eran inmunes a la tensión cada vez mayor que se

respiraba en el número 14 de Bowden Street. Robert y Esme simplemente respondían a lo que sentían a su alrededor. Entre los adultos, el civismo era algo forzado a todas luces. No le extrañaba que los niños obraran en consecuencia. Sophie sabía que no querían que la echaran de casa, todo lo contrario, pretendían demostrar lo mucho que la necesitaban. Sin su vigilancia constante, no iban a ser más que unos rufianes. No obstante, ella era la única que interpretaba sus actos con esa benevolencia. Para su primo Harold y su esposa, el comportamiento de sus hijos evidenciaba lo mala institutriz que era. Harold le aconsejó que se marchara por su propio bien, ya que para ella sus queridos retoños no eran una prioridad.

Naturalmente, había un problema: el bueno del vizconde Dunsmore no podía dejar a su prima sin hogar y echarla a la calle sin protección. El matrimonio era la solución lógica que se le ofrecía más a menudo aunque hasta hacía una semana no había aparecido ningún pretendiente dispuesto.

Pero eso ahora era distinto. Se rumoreaba que el honorable marqués de Eastlyn había hecho unas declaraciones de lo más sorprendentes. Parecía que de entre todas las doncellas consideradas adecuadas para ser su esposa, lady Sophie Colley era la que él había escogido.

Eso le trajo a la memoria la risa de antes. No hacía falta ningún talento para volver a recordarla. El sonido resonaba en su interior y le encendía las mejillas de un color más intenso que antes. No era únicamente la sonrisa lo que le daba ese tono sino el hecho de saber que esa risa iba dirigida a ella.

Tenían que ser ellos cuatro, pensó. ¿Quién, si no? No se les veía tan jocosos en solitario. No era que no les hubiera visto nunca sonreír o demostrar un poco de humor cuando estaban a solas, pero esas sonrisas eran más templadas, de aire vagamente burlón, y las carcajadas eran apagadas, algo irónicas, quizá. Suponía que se guardaban los chascarrillos más desinhibidos e irreverentes para los momentos en los que estaban juntos, donde podían compartir las observaciones de las manías y absurdidades de la sociedad que habían recogido individualmente.

Sophie estaba convencida de que podía no formar parte de las manías pero sí de las absurdidades de la alta sociedad. Con-

siderarla una pareja adecuada debía de haber hecho reír al marqués o quizá habían sido sus amigos los que le habían visto la gracia al asunto. Si no fuera porque se sentía tan desgraciada, Sophie hubiera podido profesar cierta compasión por el marqués de Eastlyn. Había muchos sospechosos de haber empezado los rumores, pero el único que sabía que no tenía culpa alguna era el mismo marqués. No se ataría a ella, aunque fuera para divertir a sus amigos. Eastlyn nunca le había parecido un hombre dado a ese tipo de crueldades nimias y se dijo que era injusto juzgarle por reírse a su costa cuando esas carcajadas sólo existían en su cabeza.

Entonces algo le hizo cosquillas en la punta de la nariz. Se lo apartó con la mano despreocupadamente, demasiado cansada para abrir los ojos siquiera e identificar qué las provocaba. Si era una de las arañas de Robert, había echado al traste su plan de asustarla al ignorar el insecto. Pasaron unos segundos hasta que volvió el cosquilleo, esta vez entre sus cejas de color miel, y Sophie frunció el ceño. Cuando volvió una tercera vez, lo sintió en la mejilla. Fue cuando el cosquilleo le pasó de la oreja a la barbilla que salió de su ensimismamiento.

Se dio una palmada en el rostro y sus esfuerzos no se vieron recompensados atrapando al insecto sino con una risa que le resultaba familiar. Eso la golpeó más fuerte que cuando se dio el manotazo en la cara. Conocía el timbre profundo y gutural de aquella risa. Sabía distinguirla incluso cuando la oía junto a la de sus amigos.

Lady Sophie Colley parpadeó y se quedó mirando el rostro divertido de Gabriel Whitney, el octavo marqués de Eastlyn.

—¿Me permite? —preguntó, señalando con la mano la manta donde ella descansaba—. Es un día hermoso para estar fuera disfrutando de la generosidad de la naturaleza.

El jardín de la casa en el número 14 de Bowden Street no estaba exactamente en el corazón de la naturaleza pero supuso que él ya lo sabía. Sophie se preguntó si creía que ella no se había dado cuenta. Quizá creía que su ingenuidad se extendía a todo tipo de cosas. Sophie se incorporó un poco y se bajó el dobladillo arrugado del vestido para cubrirse pudorosamente los tobillos.

—Puede que encuentre más cómodo el banco que hay junto al muro.

Este giró la cabeza y vio la losa de piedra que aguantaban dos querubines espantosamente gordos. Arqueó una ceja.

—No, no lo creo. No creo que lo encuentre nada cómodo. —Relajó la expresión—. Pero si no le apetece compartir un trocito de manta siempre puedo sentarme en el césped.

Antes de que Sophie pudiera protestar y decirle que no tenía objeción alguna o, al menos, que no la diría en alto, el marqués se dejó caer en el suelo, con las piernas cruzadas, y apoyó los codos en las rodillas.

—Por favor, milord —se apresuró a decir ella—. Se le mancharán los pantalones.

—Es muy amable por su parte advertirme, pero no pasa nada.

—Pero estará de acuerdo conmigo en que su ayuda de cámara puede que no piense como usted.

Él sonrió.

—Está usted en lo cierto. —Se sentó en la manta en la misma postura que antes—. ¿Qué está leyendo?

Sophie apenas tuvo tiempo de captar el cambio de tema. Tuvo que mirar el libro para acordarse.

—Es mi diario.

Este vio la pluma y el tintero cuando ella se movió un poco para enseñárselos.

—Una actividad encomiable.

—Algunos así lo creen.

—Aunque exige ejercitar más la cabeza que simplemente pensar en las musarañas. Meditar bajo un manzano es muy recomendable según Norte. —Su grave voz de barítono se volvió más confidencial—: Creo que le ha inspirado el éxito de sir Isaac Newton.

Sophie examinó rápidamente las ramas. ¿Era demasiado esperar que una manzana le cayera al marqués en plena cabeza? Y, si no, ¿era demasiado pedir que le cayera una a ella?

Siguiendo la dirección de su mirada así como del desorden de sus pensamientos, Eastlyn comentó como si tal cosa:

—Ahora están muy verdes, pero si me invita en otoño

cuando estén maduras y no haga falta más que el soplo del viento para desprenderlas de las ramas, le prometo que a uno de los dos le caerá encima y eso pondrá punto final a estos momentos incómodos entre los dos.

A Sophie no le gustaba que le interpretaran los pensamientos tan fácilmente y menos aún este hombre. Por otro lado, era tranquilizador que él también creyera que el encuentro era incómodo. Se apoyó en la corteza del árbol y estiró las piernas a un lado. Mechones de cabello del color de la miel silvestre flotaron al moverse. Ella levantó la cabeza y miró al marqués con una intensidad solemne. Esos ojos que le devolvían la mirada eran enormes, casi demasiado grandes para su rostro en forma de corazón, pero a la vez eran increíblemente sobrios.

—Hace tiempo que esperaba su visita, milord.

Él asintió, igual de serio. Era típico de ella que pusiera siempre las cartas sobre la mesa. No disimuló ni se hizo la coqueta como harían muchas jovencitas en las mismas circunstancias. Incluso su falta de artificio hizo que se la mirara con otros ojos, lo que le recordó también que no era tan jovencita, al menos no para los parámetros que establecían la edad casadera en la alta sociedad. Tenía una cierta edad, más que una *jeune fille* pero menos que una solterona; debía de tener unos veintitrés años. Y en verdad se alegraba. De haber sido más joven, tendría que haberse andado con más ojo, con mucho cuidado para no pisotear un corazón que ya latía por él.

Lady Sophie no era una boba. Aunque la conocía poco, eso era lo que más le gustaba de ella, si no tenía en cuenta esos ojos suyos tan singularmente bonitos. No era la estudiada seriedad de su mirada lo que le llamó la atención cuando la conoció, sino su color, que era idéntico al de su cabellera. Suponía que eran de un color avellana, en armonía con sus bellas facciones. Si su pelo era de un tono miel bajo la luz del sol, así eran también sus ojos. Sin embargo, lo más radiante de la muchacha provenía de su interior.

Esto último era lo que la convertía en inadecuada. Era prácticamente un ángel con ese semblante demasiado perfecto. El rostro en forma de corazón, sus labios jugosos, la pequeña barbilla y su tímida nariz, los ojos enormes y de un color hermoso

y, finalmente, esa melena cual cascada de rizos que le enmarcaba el semblante como la aureola de la virgen... Este no podía con esa imagen de completa inocencia. En la teoría estaba a favor de la ingenuidad en las mujeres pero en la práctica la encontraba tediosa.

Esperó a que Sophie ordenara sus pensamientos; no quería interrumpirla ahora que le dedicaba toda su atención.

—He oído los rumores —dijo ella—. Y quiero que sepa que no le doy credibilidad a sus fuentes. Mi primo ha reconocido que usted no ha mantenido correspondencia con su padre, ni se ha reunido con él para pedirle mi mano en matrimonio. Harold y Tremont serían felices si fuera lo contrario, pero por muchas ilusiones que se hagan no puede ser. Me temo que no hicieron nada para quitarle a la gente esa idea de la cabeza y lo lamento muchísimo. El conde se sentiría muy afortunado si pudiera concertar mi boda. Espero que lo entienda y que proceda con cuidado cuando lo comente con los demás. Siento mucho que le hayan hecho pasar vergüenza por no negar la relación entre nosotros.

Eastlyn frunció el ceño. Apoyó la barbilla sobre una mano.

—No es usted quien debe disculparse, lady Sophie.

Como sabía que ni Harold ni el conde tenían el estómago para hacerlo, por mucho don de palabra que tuvieran, Sophie no se imaginaba quién más estaba en posición de enmendar la situación.

—Pero parte de la culpa también es mía, milord. Yo tampoco negué esos rumores.

Este levantó la cabeza y dejó caer las manos. Cogió una brizna de hierba y la estuvo enrollando distraídamente con los dedos mientras examinaba a Sophie con su mirada pensativa.

—¿Ha tenido muchas oportunidades?

—Yo... bueno... —Sophie no solía titubear y no le estaba precisamente agradecida por producir ese efecto sobre ella. Últimamente sus conversaciones eran sobre todo con Robert y Esme que, con cinco y cuatro años respectivamente, eran bastante limitados en cuanto a temas. Sin embargo, no consideraba que hubiera perdido la habilidad de hablar de un modo inteligible, que no inteligente.

—¿No me equivoco, verdad? —prosiguió Este—. No suele salir mucho de casa.

Era increíblemente educado, eso tenía que reconocerlo. El modo de formular la observación para sugerir que no solía recibir demasiadas invitaciones fue muy cortés.

—Salgo de casa tan a menudo como es necesario.

—Ya veo. —Una sonrisa se asomó a sus labios—. ¿Va usted a Almack's?

—De vez en cuando.

—¿Al teatro?

—Cuando hay algo que merece la pena ver.

—¿Al parque?

—Cuando hay alguien que merece la pena ver.

Él se echó a reír.

—Lo que quiere decir que no suele dar muchos paseos.

Distraída por su risa, Sophie asintió. Apartó la vista de sus ojos y miró más allá de su espalda. Una golondrina se posó sobre el banco de piedra que tenía detrás y estuvo deambulando en busca de migas. Como el día anterior había dejado que los niños tomaran ahí la merienda, la golondrina tuvo suerte al elegir su destino para picotear algo.

—Quizá salgo más por la ciudad de lo que usted cree, sólo que no repara en mí.

Eastlyn abrió la boca para negarlo pero se quedó callado cuando ella levantó la mano. Esbozó una sonrisa breve pero genuina.

—No hace falta que sea usted cortés, milord, y niegue una explicación tan razonable. Soy plenamente consciente de que no soy de las típicas mujeres que le llaman a usted la atención. Le tranquilizará saber que, dejando a un lado nuestra presentación, no es el tipo de persona a la que iría a ver al parque.

Y no, eso no tranquilizó al marqués. En realidad, no se sentía insultado pero el comentario le hirió un poco el orgullo y aunque prefería no oír su explicación, no podía resistirse. Cuando salió de la finca de Battenburn esa misma mañana, esperaba que su encuentro con lady Sophie fuera completamente distinto. Aunque se moría de vergüenza de pensarlo, se había preparado para enfrentarse a sus lágrimas y terminar con el

asunto rápidamente pero con compasión. Ahora se daba cuenta de que el ejercicio había sido un derroche de materia gris. En lugar de hallarse inundados de lágrimas, los ojos que le miraban eran sinceros y razonables. Salvo por un breve lapso de tiempo, lady Sophie no había perdido la compostura.

—¿No acudiría usted al parque si supiera que yo estoy ahí? —quiso saber—. ¿Ni aun que condujera mi carruaje nuevo?

—No finja que está decepcionado, milord. No le sale bien. Debe de aliviarle que no sienta afecto por usted.

Y le aliviaba. O al menos eso creía hasta que ella se lo dijo de una manera tan directa. Se preguntaba si Sophie estaba en lo cierto al pensar que su decepción era fingida.

—Así soy yo —admitió él lentamente, mirándola con un interés renovado—. Pero debe entender que sienta curiosidad. ¿Qué me hace indigno de su atención?

—No, no. —Ella negó con la cabeza y la aureola brillante de su pelo se agitó hasta que volvió a quedarse inmóvil—. No me ha entendido. No es que sea indigno de mi atención; sencillamente, no se la presto.

—Sí, ya veo la diferencia —repuso él secamente.

—Lo primero significaría que no es usted digno de mi atención y lo que yo quería decir es que, sencillamente, no me he fijado en usted.

—No lo está haciendo usted más digerible. No recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me hirió tan en lo vivo. —Era mentira. Había sido en Hambrick Hall y había retado al chiquillo que se lo había hecho. No obstante, ésa no era la manera de proceder con lady Sophie. Si se manejaba con los puños tan bien como con las palabras, estaba perdido.

Sophie examinó el rostro de Eastlyn en busca de alguna señal que indicara que lo había herido de verdad. Sus bellas facciones permanecieron impasibles durante su reconocimiento y no revelaron sus pensamientos, ni dieron muestras de humor o de dolor. Concluyó que le estaba tomando el pelo. Cualquier otra conclusión hubiera sido difícil de imaginar, fuera cual fuese la emoción que fingiera. No creía que sus palabras le hubieran marcado tanto. El marqués de Eastlyn debería saber que era increíblemente apuesto.

¿Cómo podía no ser consciente de las cabezas que se volvían cuando entraba en una sala? Aunque no se prodigaba mucho, Sophie tuvo ocasión de presenciar ese fenómeno. Por su parte, el marqués parecía sumamente despreocupado por la atención que recibía, lo que no hacía más que reforzar la opinión de Sophie de que se consideraba merecedor de ella. En el baile de Stallworths que abría la temporada social, le había observado mientras hablaba con su amigo el vizconde de Southerton delante de un espejo de tamaño indecente en el gran vestíbulo. Solamente un hombre tan seguro de su apariencia como el marqués podía evitar mirarse, ni aunque fuera de soslayo. Incluso Southerton, que era muy elegante, no pudo reprimir un vistazo en el espejo para comprobar el estado de su camisa almidonada o el talle de su chaleco.

El marqués de Eastlyn no necesitaba un espejo para confirmar su bello semblante. Su espejo eran todas las miradas de aprobación que recibía, y ésa era una circunstancia que no iba a cambiar por muchas tonterías que hiciera con sus amigos.

No era tan distinto de su padre.

Sophie encajó esa idea como quien encaja un golpe físico. Le dio en las costillas y de hecho se irguió del dolor que sintió. Abrió la boca y dejó escapar un poco de aire; no quería jadear y que se le notara.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Eastlyn. De repente, le dio la impresión de que lady Sophie se había vuelto más seria aún, si es que eso era posible. El color rosado de sus mejillas había desaparecido e incluso tenía los labios pálidos. Volvió la cabeza sospechando que lo que fuera que hubiera provocado ese cambio en su rostro debía de estar a unos metros de su espalda. No vio nada salvo el muro del jardín y el banco de piedra, que no estaba ocupado por nadie de su familia que pudiera haberle provocado tal estado de ansiedad.

—¿Le traigo algo? ¿Agua? ¿Algún licor?

Esa oferta obligó a Sophie a recobrar la compostura. Requirió más esfuerzo del que esperaba.

—Estoy bien —dijo, con calma.

Eastlyn arqueó una ceja y examinó su rostro, visiblemente escéptico.

—¿Está segura?

—Sí.

Sophie lo vio arreglarse el cabello con las manos pero se lo dejó igual de despeinado hasta que los mechones bruñidos volvieron a su sitio. Estaba claro que no la creía, pero no tenía más remedio que aceptar su palabra. Ella le devolvió la mirada, fija e inquisitiva, con la esperanza de que no descubriera su mentira. Seguramente tampoco querría que lo amargara con la verdad; su cortesía innata podía malinterpretarse por preocupación genuina.

Sophie pensó en lo distinto que era él de su padre y, empezando por lo físico, el color era lo más obvio. Si su padre, el difunto conde de Tremont, había sido rubio y de piel clara, el marqués era más moreno, con el cabello castaño y los ojos de un tono algo más cálido. El padre de Sophie evitaba el contacto con la naturaleza y prefería los antros de juego a la felicidad pastoril. Sin embargo, la piel de Eastlyn tenía un tono bronceado que indicaba que tenía intereses más allá de los clubes de hombres que frecuentaba. Era de una estatura parecida a la de su padre aunque de complexión más esbelta y atlética. Se dijo que quizá no era una comparación justa porque los recuerdos que tenía de su padre eran de sus últimos días, cuando la bebida y la vida disoluta habían dejado huella aferrándose a su cintura y a sus carrillos. El retrato de Frederick Thomas Colley que aún colgaba en la galería de Tremont Park mostraba al hombre joven, el que había tenido dificultades para adoptar esa postura que mostraba y cuya sonrisa caprichosa se asomaba a los labios como un secreto a voces.

Cuando Sophie invocó ese retrato mentalmente, fue mucho más difícil ver cuán diferente podía ser Eastlyn.

No sabía gran cosa del marqués, aunque tendría que haber estado viviendo fuera del país los últimos tres años para no saber algo del hombre que era. Sabía que jugaba a las cartas y solía apostar con sus amigos. Era miembro de varios clubes y tenía un palco en el teatro. Era bien recibido en Almack's aunque no solía asistir con demasiada frecuencia y todas las anfitrionas que deseaban organizar las mejores fiestas lo invitaban a sus salones. Estos particulares de su vida no tenían nada de

extraordinario, incluyendo el hecho de que, como muchos de sus compañeros, mantenía a una amante en la ciudad.

Dudaba que nadie quisiera que ella tuviera esa última información sobre él; no era el tipo de detalles que se discutieran delante de la supuesta prometida. Aunque el compromiso no hubiera sido ficticio, Sophie hubiera querido saber si tenía una querida.

No servía de nada no conocer qué lugar ocuparía en la vida de su marido. Si iba a cometer adulterio de forma regular, era mejor empezar a asumirlo, por mucho dolor que le causara. Por otro lado, si no amaba a su marido, una amante le iría muy bien para mantener a su marido ocupado mientras ella participaba en actividades que le resultaran más placenteras.

Eastlyn observaba las bellas facciones de lady Sophie con consternación. Ahora tenía un aire de absoluta serenidad, aunque le daba la impresión de que ya no le prestaba la más mínima atención. Como ya le había dicho antes: era incapaz de llamarle la atención.

Aunque no quisiera, eso le fastidiaba. No era algo que le gustara admitir pero, una vez admitido, no quería darle demasiadas vueltas. ¿Por qué le importaba que lady Sophie Colley estuviera tan poco interesada en él como él lo estaba en ella? Era lo mejor que podía pasarle. Todo se volvió más fácil cuando ella aceptó la situación. No le culpaba de nada, aunque debía sospechar que había sido alguien de su entorno quien empezó el rumor. No esperaba una pedida de mano real ni siquiera un compromiso falso para satisfacer la maquinaria de los rumores hasta que uno de los dos pudiera salir de forma elegante. Él hubiera insistido en que fuera ella la que se echara atrás, por supuesto, y le echara a él la culpa de su ruptura. Su reputación no sufriría excesivamente. Lady Sophie saldría más perjudicada si fuera considerada la culpable de la separación de la pareja.

Todo era discutible. No habría compromiso, fuera real o ficticio, y eso estaba claro. A Eastlyn no le hacía gracia llevar a cabo su trabajo y tener que cumplir a la vez con las tediosas convenciones que requería una pareja afianzada. Seguramente habría maneras menos placenteras de vivir la vida pero en ese momento no le venían a la cabeza.

Por eso se sorprendió cuando se oyó decir.

—¿Sabe una cosa, lady Sophie? En algunos círculos se me considera una pareja conveniente.

Ella ni siquiera parpadeó.

—¿Se refiere en juegos de cartas?

—En el matrimonio.

—Pero usted juega a las cartas.

—Bueno... sí. —Eastlyn se preguntó dónde quería ir a parar con eso puesto que no tenía que ver con nada.

—Y hace apuestas.

—Sí.

—Bebe en exceso.

—Puede que empiece pronto.

Ella apretó los labios con remilgo.

—Muy bien —dijo Este. Le hacía gracia verle ese semblante de desaprobación—. Admito que me han engañado en alguna ocasión.

—Y ha retado a hombres.

Entonces dejó de verle la gracia al asunto.

—A un hombre.

Sophie no dio señales de sentirse intimidada.

—Le disparó un tiro.

—Sí.

—Y lo mató.

—Ése era el propósito al dispararle, sí, así es.

Se hizo una breve pausa puesto que Sophie sopesaba la oportunidad de sus siguientes palabras. No se había planteado que le sonsacara esas cosas a Eastlyn, pero recordar el pasado la había afectado. Quizá el marqués no mereciera semejante trato, pero unas fuerzas fuera de su control la obligaron a hacerlo.

—Así pues —empezó ella con toda naturalidad—, admite usted ser un jugador, un borracho y un asesino. Con tanto para recomendarle, no es de extrañar que las madres le busquen como marido para sus hijas. Estas cualidades tienen cierto prestigio entre la alta sociedad, ¿verdad? El juego indica una buena disposición para el riesgo; beber en exceso, una plétora de temeridad confiada, y...

—¿Y el asesinato?

Aunque Sophie sospechaba que se le estaba acabando la paciencia, siguió como si le hubiera interrumpido.

—El asesinato sugiere determinación para actuar. En este caso en particular, es respeto por los principios y la necesidad de mantenerlos.

Eastlyn fingió sopesar sus palabras con cuidado.

—Entonces, ¿me dice que, de entre toda la alta sociedad, madres e hijas me adoran no por ser un modelo de rectitud y sentido común sino porque soy todo lo contrario a eso?

—Eso... y, además, porque es usted rico.

—Riquísimo.

—Eso mismo, entonces.

Eastlyn se frotó las manos para sacudirse la hierba que había quedado aplastada entre los dedos. Se echó hacia atrás y apoyó el peso sobre los brazos; entonces extendió las piernas y las cruzó por los tobillos. Las botas tenían una fina capa de suciedad por el largo trayecto desde Battenburn, y otro revestimiento similar le cubría la chaqueta y los pantalones. No se había detenido en su casa de campo para lavarse o cambiarse de ropa, no porque pensara que lady Sophie no mereciera ese respeto, sino porque creía que era más importante dejar claro el malentendido entre ambos. Más tarde, Eastlyn reconoció que había estado tan preocupado por quitarse la responsabilidad de encima que no había prestado atención a los sentimientos de lady Sophie.

Estaba claro que la había ofendido de algún modo, aunque no sabía aún cómo lo había conseguido y de una manera tan decisiva. Quizá a ella le preocupaban más las apariencias que a él. Eso no lo hacía muy recomendable puesto que solía prestarse más atención a lo que uno era por fuera que lo que se proyectaba desde dentro.

—Me temo que debo disculparme por el estado de mi atuendo —dijo él—. Vine directamente desde Battenburn.

Sophie se le quedó mirando. No era fácil seguir el hilo de sus pensamientos.

—Milord —dijo ella con énfasis, como si hablara con alguien duro de mollera—. No creo que se le haya olvidado que hace tan sólo un momento le he llamado jugador, borracho y

asesino. ¿Qué clase de gusano tiene en el cerebro que le hace pensar que me importa un ápice la ropa que lleve?

Eastlyn suspiró. Pensó en la pistola que llevaba sujeta entre la pantorrilla y la suave piel de su bota. Le hubiera apetecido usarla... consigo mismo. Eso pondría fin al gusano.

—No es usted una compañía muy cómoda, lady Sophie.

—Eso espero.

—Tenía un concepto totalmente distinto. Incluso se lo había comentado a Sur y a Northam.

—¿Le ha hablado de mí a sus amigos?

Estaba seguro de que había vuelto a meter la pata pero como aún no había conseguido sacar la otra, a Eastlyn ya le estaba bien tener las dos en el mismo sitio. Su situación no era precisamente ideal pero al menos había recuperado un cierto equilibrio.

—Por supuesto. Hablo de muchas cosas con mis amigos. Usted no es una excepción y, además, tenían curiosidad por el compromiso. No les había dicho nada porque yo tampoco sabía que estaba comprometido. Se enteraron por algún invitado en casa del barón, igual que yo. Es toda una experiencia que te feliciten por algo de lo que no sabes nada.

Sophie asintió lentamente. Su experiencia no había sido muy distinta.

—No me imaginaba que el rumor hubiera viajado tan lejos.

Él se encogió de hombros, indiferente.

—De la ciudad al campo. Es el modo habitual... Con tantas fiestas dedicadas al tercer aniversario de la derrota de Napoleón en Waterloo, era inevitable que el cuento se extendiera como la peste.

—No es una metáfora muy bonita.

—Pero es apropiada.

Sophie no lo negó. Se toqueteó el vestido por encima de la rodilla, le hizo una doblez y luego lo alisó. Era un gesto ausente, algo que solía hacer cuando no estaba tan tranquila o indiferente como podían sugerir sus plácidas facciones.

—Les dijo que no estaba prometido, claro.

—Claro.

—¿Y le creyeron?

—Eso espero.

—¿Entonces no fueron sus amigos los que empezaron la historia de nuestro compromiso?

Eastlyn la fulminó con la mirada.

—¿Eso es lo que cree?

—Se me había ocurrido. —Se quedó callada, a la espera. La paciencia siempre había sido su mayor virtud, pero estaba sondeando sus límites con el marqués. Cuando ya no pudo soportar más su silencio, le preguntó—: ¿Me equivoco?

—Sí.

Entonces fue él quien esperó, aguardando su siguiente pregunta, aunque observó que no tenía ganas de hacerlo. Cuando empezó a mordisquearse el labio inferior ingenuamente, Eastlyn se vio atraído por su boca. Hacía bien en mostrar reticencia, pensó. A pesar de su aspecto angelical, de esa boca perfectamente esculpida salían las cosas más sorprendentes.

Consciente de su expectación, Sophie dejó de morderse el labio y rozó con la lengua las marcas que los dientes le habían dejado en la piel. Incluso se quedó más cohibida cuando vio las arrugas en la frente de Eastlyn y su mirada, cada vez más oscura.

—Me está mirando con el ceño fruncido.

En realidad no lo estaba, pero le gustaba que lo pensara. Quizá sí era la joven inocente por la que la había tomado siempre. Eso sería la mejor defensa de la muchacha si alguna vez se sintiera atraído por ella. Eastlyn relajó la frente y volvió a centrar su atención en sus ojos, ligeramente acusadores. Empezaba a comprender que en compañía de lady Sophie, el equilibrio era algo bastante precario. Si no pisaba donde debía, ella le hacía la zancadilla.

—Le pido disculpas —dijo él con cortesía.

Eso devolvió a Sophie al tema en cuestión.

—Sobre sus amigos... —empezó ella con tacto—. ¿Cree que no tienen nada que ver?

—Supone que les pregunté si habían empezado ellos el rumor. Pues no. Creo conocer bastante bien su carácter para saber que esto no lo han hecho ellos. Créame si quiere o no.

—Le creo.

Eastlyn arqueó las cejas lentamente.

—¿Y eso? ¿Es posible que haya cambiado usted la opinión que tiene de mí? ¿Jugador? ¿Borracho? ¿Asesino? ¿Me ha abuelto de todos esos cargos?

—En absoluto —repuso ella con una franqueza que lo desarmó—. Pero nunca he creído que sea usted un mentiroso. Y, de haberlo pensado, lo hubiera dejado usted claro al responder a mis preguntas con tanta franqueza.

Este masculló, pensando en su arma de nuevo. En el modo de pensar de Sophie había cierta lógica que no terminaba de entender y tampoco estaba seguro de querer hacerlo.

—Entonces, el hecho de que haya admitido mis defectos también me hace un hombre honrado.

—Sí.

Eastlyn volvió a apoyarse sobre los codos y cerró los ojos durante un momento. Los débiles rayos de sol que se filtraban entre las ramas le calentaban el rostro y aliviaban la tensión que se notaba en la frente y en las comisuras de los labios. Respiró hondo y comprobó que podía suprimir el leve dolor que sentía detrás del ojo izquierdo si no se exigía demasiado.

—¿Milord?

Su voz era la prueba de que no había desaparecido. Primero abrió un ojo, con el que la miró largo y tendido; luego abrió el otro.

—Ciertamente es usted una criatura perversa, lady Sophie. ¿Se lo había dicho antes?

—Creo que había dicho que resultaba incómoda. No ha mencionado usted la perversidad.

Él esbozó una sonrisa. Ahora se estaba divirtiendo con él pero no le importaba. Aún tenía que resolver el embrollo de su falso compromiso y quería asegurarse de que lady Sophie saliera ilesa de cualquier escándalo. Eastlyn se enderezó y se puso de pie. Le tendió una mano a Sophie, que lo miró sorprendida.

—¿Damos un paseo? —dijo—. Después de tan largo viaje a caballo me ayudará a aclararme las ideas.

Sophie se vio obligada a señalar:

—Pero es un jardín muy pequeño, milord.

—Mi cabeza también lo es.

Eso no la hizo reír. Cogió su mano y permitió que la ayudara a incorporarse. Aceptó su antebrazo, plenamente consciente de que estaban siendo espiados desde algún rincón de la casa. A Eastlyn tampoco se le había pasado por alto. No era el miedo a la incorrección lo que dictaba que hubiera un mínimo de supervisión. Sophie tenía una edad en la que no era indecoroso que estuviera a solas con un acompañante masculino en una situación como ésta. Si los observaban era precisamente por lo contrario. En la casa del número 14 tenían la esperanza de que el asunto procediera de la manera más inadecuada para poder obligar a Sophie a que cambiara su opinión acerca del matrimonio.

Eastlyn y lady Sophie salieron al camino de gravilla. Sophie acarició con los dedos los pétalos aterciopelados de una rosa al pasear por la pérgola enrejada. Por un momento, las sombras ocultaron sus rostros.

—¿Va a decirlo, me equivoco? —preguntó ella, que notó que él había aminorado la marcha.

—Tengo que hacerlo.

—No es necesario.

—Yo creo que sí.

Era una cuestión a la que le había dado muchas vueltas de regreso a Londres. No obstante, no había llegado a una solución que le satisficiera. La última vez que se lo planteó, se decantaba precisamente por la postura contraria que se disponía a adoptar. Le resultaba interesante que lady Sophie se opusiera rotundamente pero ahora no quería oír qué pensaba ni saber cómo había llegado a ese extremo. Sólo lo empeoraría el dolor de cabeza.

Sophie respiró hondo y lo soltó despacio. Con una calma considerable, le dijo:

—Entonces hágalo deprisa, milord. Después pediré un piscoblabis para que pueda quitarse ese sabor amargo de la boca.

Él se detuvo y la atrajo hacia sí. Tomó ambas manos en las suyas y les dio un apretón.

—Tiene que mirarme, Sophie. ¿Cómo va a comprobar así la verdad de mis palabras?

Ella levantó la barbilla y lo miró a los ojos. Le sacaba una cabeza y sus hombros eran el doble de los suyos. Sería muy fácil

perderse en su abrazo, pero no podía pensar en un solo motivo que le dijera que eso era lo mejor.

—Venga —dijo—. Ahora. Por el bien de los dos, termine con esto.

No se lo estaba poniendo fácil, lo que precisamente era la táctica que había escogido ella para evitar este final. Este se dio cuenta de que ésa había sido siempre su estrategia, como si hubiera sabido desde el momento en que penetró en su santuario del jardín qué palabras iba a decir. Era curioso que ella supiera que haría ese noble gesto cuando ni siquiera él estaba seguro.

Eastlyn evitó carraspear por todos los medios. Eso le hubiera añadido peso a un momento que, simplemente, no lo necesitaba.

—Lady Sophie, deseo fervientemente que no me tome por un presuntuoso. Aunque no tengo el honor de conocerla desde hace mucho tiempo y, en base a nuestros encuentros previos, nunca hubiera pensado que nos cortejaríamos, he tenido ocasión de revisar esa opinión esta tarde. Soy sincero cuando le digo que me hará usted el hombre más feliz del mundo si me concede el honor de ser mi esposa.

Sophie se le quedó mirando y no dijo nada.

Eastlyn esperó. Encima del labio superior le apareció una fina capa de sudor.

Sophie arqueó una ceja perfectamente delineada y siguió en silencio.

El marqués, que podía ser de todo menos cobarde, ahora tenía motivos para creer que le iban a temblar las piernas.

Sophie se compadeció y le dijo:

—Iré a buscar ese piscolabis, milord. Por favor, discúlpeme.

Apartó las manos y se fue dándole la espalda. Estaba a medio camino de la entrada trasera de la casa cuando le oyó gritar:

—¡Eso no es una respuesta! ¡Quiero su respuesta!

Ella se detuvo pero no se dio la vuelta y, por consiguiente, no pudo ver su sonrisa triste e incierta, como una herida abierta en su bello rostro.

Harold Colley, el vizconde Dunsmore, salió al vestíbulo inmediatamente al oír entrar a Sophie. No se disculpó por el susto que le dio: fue derecho al grano.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Ya está? ¿Ha hecho lo que debía? Se os veía de lo más cómodos juntos.

—Nos estabas espiando. —No era una pregunta sino una afirmación y la decepción la dejó sin palabras. Esperaba que observara su reunión con Eastlyn pero no que fuera lo suficientemente descarado para admitirlo. Realmente no tenía vergüenza.

—Pues claro que os espiaba. Vives bajo mi techo y, por lo tanto, eres responsabilidad mía. ¿Cómo, si no, iba a asegurarme de que Eastlyn se comportara con decoro?

—Entonces habrás visto que es todo un caballero. —Se dio la vuelta para bajar a la cocina pero su primo la detuvo agarrándola por encima del codo. Ella no intentó zafarse de él. Ni siquiera miró sus dedos, que le estaban dejando unas marcas blancas por la presión. En lugar de eso, aguardó pacientemente mirándole a los ojos hasta que dejó de apretar. Sabía que esa marca tardaría varios días en desaparecer. A pesar del calor del verano, la manga larga sería de rigor—. Le he prometido a nuestro invitado un pisolabis —le dijo.

—Dentro de un momento. —Harold dejó caer la mano. Movi6 la mandíbula a un lado y a otro mientras sopesaba sus palabras con cuidado y refrenaba su mal humor. Notó un cosquilleo en los dedos: la sangre volvía a circular—. No me gusta perder los estribos —añadió—. Harías bien en no provocarme, Sophie.

No había respuesta que pudiera satisfacerle en estas circunstancias, al menos ninguna que ella hubiera descubierto. Era difícil, quizá imposible, hacerle ver a Harold que no quería provocarle. Estos momentos de inmoderación le molestaban porque le gustaba verse —y que los demás le vieran— como un hombre considerado y reflexivo. Cuando tomaba decisiones, estaban todas muy bien pensadas, que no consideradas, y forzosamente esperaba que todo el mundo estuviera de acuerdo con él. Sus opiniones sobre cualquier tema eran tan sensatas, tan lógicas, que creía que los demás debían secundarlas como prueba de su buen juicio.

—Por favor, discúlpame —dijo ella en voz baja y sin mirarle a los ojos. Desde que empezara a vivir con Harold y su familia al morir su padre hacía tres años, lady Sophie había aprendido

que hacía falta arrepentirse para volver a establecer la paz entre ambos. En la mayoría de los casos no le resultaba difícil porque lo que había en juego era insignificante. No se resistía a pedirle perdón a su primo para tranquilizarlo, aunque con ello reconociera su culpa—. Es que me has asustado.

Harold masculló algo, con lo que hizo patente que aceptaba sus disculpas. Era un hombre esbelto y poco robusto, dado a mantener un porte rígido como si eso compensara una falta en presencia física. No le gustó observar el drama que tenía lugar en su jardín desde esa posición en su propia casa, con la nariz pegada al cristal como un mendigo en el escaparate de una panadería.

—Me gustaría tener una respuesta —dijo, al final.

—Lord Eastlyn también está esperando una.

Harold creyó captar un tono de impertinencia en su voz, pero optó por no hacerle caso. El mes pasado ya le había comentado a su padre que era una muchacha sensata, quizá más que la mayoría de las mujeres, cuando el conde le había preguntado someramente por su bienestar. La describió como obediente, una compañera normal y corriente para la vizcondesa y una influencia adecuada para los niños. No le costaba nada tenerla bajo su techo, le había dicho a su padre, y estaba seguro de que Sophie preferiría la actividad de Londres a los paseos por el campo con el conde en Tremont Park. Como no tenía mucho interés en tenerla en su casa más de dos semanas, no fue difícil convencer al conde de Tremont para que alargara la estancia de Sophie en la ciudad. Aún estaba por arreglar lo de encontrarle una pareja adecuada, una situación que podía remediarse más fácilmente, convino el conde, si Sophie seguía disponible para los galanes londinenses.

Por eso el vizconde Dunsmore estaba tan enfadado por la terquedad de la muchacha en cuanto a la petición de mano del marqués de Eastlyn. Su rechazo no suponía solamente una afrenta para su susceptibilidad sino que parecía que no tuviera buen ojo para la gente. Y eso a Harold no le hacía ninguna gracia.

—Por favor, primo —dijo ella—. Milord se preguntará qué me ha pasado y si pienso regresar al jardín o no...

Harold la acompañó hasta el salón trasero donde había estado apostado para observar la pedida de Eastlyn. Llamó al mayordomo y permitió que Sophie pidiera limonada para ella y su invitado. En cuanto volvieron a estar solos, Harold se lanzó sobre ella.

—¿Y qué ha dicho el marqués exactamente?

—Me ha dicho que era sincero en sus intenciones y que le haría el hombre más feliz del mundo si aceptara ser su esposa. Eso es lo habitual, ¿no? Es lo mismo que me dijo lord Edymon cuando me pidió la mano. E igual que Humphrey Bell. Debe de ser algo que aprenden los hombres en Eton y Harrow, ¿no crees?

Harold no se rio; le pareció un intento muy burdo de hacer gracia.

—No sabía que habías tenido otros candidatos, Sophie. Nunca me lo habías dicho. —Aunque quizá, de haberlo hecho, hubiera estado preparado para este pequeño motín con Eastlyn.

Sophie se dio cuenta demasiado tarde de que Harold seguramente había sido igual de original cuando le pidió la mano a Abigail. No había duda: había vuelto a ofenderle; algo que al parecer no podía dejar de hacer últimamente. Incluso cuando se andaba con cuidado, lo conseguía con una regularidad tediosa. No quería ni pensar lo hábil que conseguiría ser si se aplicaba de verdad.

—Edymon vino antes de que muriera mi padre, aunque sospecho que él ya sabía entonces que no le quedaba mucho tiempo de vida. Luego llegó el señor Bell, cuando aún no se sabía dónde iría yo. —Le hubiera dicho a Harold que no se arrepentía de haber rechazado a los dos pretendientes, pero justo entonces entró una criada con una bandeja, dos vasos y una jarra de limonada—. Llévalo al jardín —le dijo Sophie—. Y dile a su señoría que no tardaré en acudir. —Se sorprendió al ver que la mujer no salía inmediatamente sino que esperaba las indicaciones de Harold. Vio a su primo dudar un momento, mirando la bandeja como si contemplara la necesidad de ofrecer ese pequeño gesto de hospitalidad. Su inquietud era patente y cuando al final le hizo una seña a la chica para que procediera, su ademán fue impaciente y maleducado.

Sophie se excusó de nuevo.

—No querrías que fuera descortés con nuestro invitado.

—Por supuesto —dijo él, tenso—. Ya no tendrías más cosas desagradables que compartir conmigo.

Sophie quiso creer que su primo se lo decía con sarcasmo. Para ella, no era más que un malcriado y se dio cuenta de nuevo de lo mal que le caía.

—Tengo que irme —dijo al ver que seguía impidiéndole el paso—. Harold, por favor, tengo que hablar con el caballero. No esperarás en serio que te cuente primero qué le voy a decir. —De hecho, le había dicho a Harold en repetidas ocasiones lo que iba a decirle a Eastlyn en el caso de que le propusiera matrimonio. Su primo no quería creerla o, para ser más exactos, creía que no podía hacerle cambiar de opinión.

Cuando Harold se disponía a poner otra objeción, Sophie aprovechó la distracción para darse la vuelta, esquivar su codo y pasar por la jamba de la puerta. Estaba en el pasillo cuando él se dio cuenta de que estaba escapando y ya había llegado a la puerta cuando empezó a blasfemar. Aunque Sophie era consciente de que también la responsabilizaría por esa blasfemia, no se detuvo en el umbral frente al jardín. Abrió la puerta de par en par y salió corriendo de la casa, moderando su paso tan sólo cuando llegó al camino de gravilla.

A pesar de la calma que fingía cuando llegó hasta Eastlyn, sabía que estaba ruborizada. Tuvo que esforzarse mucho para no tocarse las mejillas. Con suerte, Eastlyn aduciría el color de su rostro a las ganas de regresar a su lado y no al último intento de su primo de intimidarla. Estaba más avergonzada por Harold que asustada, o enfadada, incluso. Dudaba de que él entendiera siquiera lo mucho que la ofendía su carácter ávido y codicioso.

—Milord —dijo a modo de saludo cuando Eastlyn se incorporó—. Por favor, no se apure. Siéntese, se lo ruego. —Sophie vio que tenía un vaso de limonada en la mano. La jarra y el otro vaso estaban encima del banco—. ¿Está a su gusto?

—Si se refiere a si le ha quitado el sabor a mi proposición —dijo él—. Me temo que hará falta algo fermentado, quizá durante veinte años o más y en una cuba de roble.

Sophie se quedó sorprendida al notar la aridez en su voz y

se asombró de que renunciara al vaso y bebiera directamente de la jarra.

—Mi comentario le ha dolido, ¿verdad? —le preguntó en voz baja y esbozando una sonrisa—. Ni siquiera puedo disculparme porque mi intención ha sido precisamente ésa.

—No lo he dudado ni por un momento.

Sophie se sentó despacio. Deseando haber pedido algo más fuerte, independientemente de la hora, se sirvió un vaso de limonada.

—No quería que me hiciera usted esa proposición.

—Lo ha dejado usted muy claro.

—Y a pesar de todo, lo ha hecho.

—Era una cuestión de honor.

Sophie no tenía claro si entendía bien por qué lo hacía, pero no preguntó. Cogió el vaso con ambas manos, inspiró hondo y soltó el aire despacio.

—¿De verdad ha tenido usted en cuenta las consecuencias si yo aceptara su propuesta, milord?